

Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión"

Núcleo de Bolívar

200 AÑOS DEL JURAMENTO DE  
MONTE SACRO

*Guillermo Jibaja Lemos*

## 200 AÑOS DEL JURAMENTO DE MONTE SACRO

*Guillermo Jibaja Lemos*

Simón Bolívar a raíz de la muerte de su querida esposa, doña María Teresa Rodríguez del Toro y Alaysa, ocurrida en Caracas, Venezuela, el 22 de enero de 1803, víctima de la fiebre amarilla, en octubre del mismo año, envuelto en un manto de soledad y tristeza, se embarca en La Guaira con destino a España, para ir a desembarcar en Cádiz; de donde pasó a Madrid, para visitar a su suegro, don Bernardo Rodríguez del Toro y Ascanio; a quien contó la triste noticia y le entregó para que guardara, las cartas y reliquias que de ella conservaba con entrañable afecto.

En abril de 1804, en compañía de su condiscípulo e íntimo amigo Fernando Toro, parte de Madrid hacia París, adonde llega a principios de mayo. Allí se dedica a visitar museos y hablar con gente ilustrada, se encuentra con jóvenes americanos como Mariano Montilla, Vicente Rocafuerte y Carlos Montúfar; con quienes entra en camaradería, y para disipar la pena, también aprovechó la ocasión para disfrutar de las delicias de París.

En una de sus elegante visitas conoce a su prima Fanny, hija del aristócrata francés barón Denis Throbian, la que le invita a instalarse en su lujosa mansión en el Boulevard del Temple, lo que acepta con júbilo, ya que le permitirá ingresar a compartir la amistad de lo más florido de la sociedad tradicionalista y noble de París.

Esta Fanny du Villars, pariente suya muy lejana por la rama de los Aristeguieta, era una dama de veinticinco años, blanquísima, de cabellos rubios y muy bella, que tenía el refinamiento y la gracia elegante de las más

distinguidas y ricas parisienses; ella era muy frívola y estaba casada con el Conde de Berthelém Dervieux du Villars, ya casi sexagenario, por lo cual inicia con Fanny un apasionado romance que le hace olvidar a María Teresa.

Parece que en septiembre de 1804 Bolívar mantuvo contacto con Alejandro Humboldt, uno de los hombres de ciencia más relevantes de Alemania, que venía de visitar buena parte de América, en una correría científica de casi cinco años, y que en Venezuela conoció a los Bolívar, Palacios y Aristeguieta; y también departió con Amado Bonpalnd.

De su diálogo con Humboldt llegaron a la conclusión de que América debía ser libre, pero como aquel le manifestara que no había el hombre capaz de lograr tan singular conquista, esto le hizo pensar a Bolívar y pronto ¡libertar a América! se convierte en su obsesión.

El 2 de diciembre de 1804 Bolívar estuvo presente en la catedral de Notre Dame de París, en la coronación como Emperador de Napoleón Bonaparte, con el título de Napoleón I. El curso de espaldas al Papa Pío VII, cuando el Pontífice iba a coronarlo, tomó con sus propias manos la corona y se la colocó el mismo en la cabeza; como queriendo afirmar con este gesto imprevisto y soberbio que su autoridad no quedaba en nada supeditada a la del Papa; luego hace lo mismo con la corona que colocó en la cabeza de su esposa Josefina. Todo esto sin ningún respeto, ni genuflexiones, ni siquiera de protocolo ante el pontífice. El acto causó una desagradable impresión en el espíritu libertario de Simón Bolívar, quien al referirse al mismo, expresó: “Esto, lo confieso, me hizo pensar en la esclavitud de mi país y en la gloria que conquistaría el que lo libertase” y también dijo: “Yo soy grande apreciador del héroe francés; hablo con entusiasmo de sus victorias, lo

preconizo como el primer capitán del mundo, como hombre de Estado, como filósofo y como sabio. Se hizo emperador, y desde aquel día lo miré como un tirano hipócrita, oprobio de la libertad y obstáculo al progreso de la civilización; su gloria misma me parecía el resplandor del infierno”. Por eso que al recordar tal acontecimiento expresó: “Esa corona es una reliquia de tiempos tenebrosos”.

Pensando en la libertad, al tener conocimiento que su viejo maestro Simón Rodríguez o Samuel Robinson, como también acostumbra llamarse, estaba en Viena, fue a buscarle; pues quería compartir con él su ideal libertario y departir el destino que le esperaba al Nuevo Mundo, mediante el análisis de los gravísimos problemas de la esclavitud y el colonialismo.

Simón Rodríguez mayor con doce años que Simón Bolívar, era un autodidacto persistente e idealista, partidario de la corriente filosófica de Juan Jacobo Rousseau, quien logró cimentar en el espíritu de su discípulo el pensamiento revolucionario liberal, modeló su carácter y poco a poco surgió entre los dos una firme amistad; por eso que expresó que él había sido “el compañero de infancia, el confidente de goce y penas; el mentor cuyos consuelos y consejos han tenido siempre tanto imperio”.

A su regreso de Austria a París, el 6 de abril de 1805 los dos caraqueños inician un recorrido partes en coche, o en carreta, o a pies, paso a paso durante tres meses, con destino a Italia. Viajaron en compañía de Humboldt y Bonpland y otros hombres importantes. Atravesaron Los Alpes y descansando, visitaron los lugares donde había estado Rousseau. Ya en camino, comentan los últimos sucesos de España, donde el Rey Carlos IV ha firmado ya la entrega formal a Bonaparte.

Pasan los viajeros por Lyon, atraviesan el Ródano, entran en la Saboya, arriban a Annecy y pasan por Chambery. Continúan la ruta y entran en Turín, luego en Milán; en dicha ciudad el 26 de mayo asisten a la coronación de Napoleón como Rey de Italia, que tuvo lugar en la majestuosa catedral, con la corona de hierro de los lombardos y asisten a la revista militar del ejército italiano en la llanura de Montequiaro, cerca de Castiglione. Prosiguen el viaje por Venecia, donde contemplan las aguas del Adriático, luego están en Ferrara, Lugano, Padua, hasta dar con Florencia; donde se quedan varias semanas, para visitar museos, bibliotecas, palacios y monumentos y es aquí donde Bolívar lee la obra “El Príncipe de Maquiavelo”, de la que se forma un concepto vulgar”. De allí se dirigen a Perugia y luego a Roma, en donde la primera visita de los dos personajes es al embajador ante el Vaticano, don Antonio Vargas Laguna, quien les introduce en ambiente de significación, en el que aparecen Guillermo de Humboldt, hermano del sabio; artistas de la categoría de Rauch y Thorwaldsen; el historiador Sismondi; mujeres de mundo y sabias como madame Stael; poetas Lamartine, Chateaubriand, ministros, magistrados; todos ellos unidos por el pensamiento revolucionario de la época.

Visitan luego los monumentos históricos: el Circo, el Capitolio y otros lugares que encienden su alma visionaria que se revela en múltiples facetas: como soldado, poeta, orador y patriota.

En la ciudad Eterna, Simón Bolívar que apenas tenía veintidós años, acompañado de su maestro Simón Rodríguez y de su amigo Fernando Toro, en la tarde del 15 de agosto de 1805, subieron al Monte Aventino, una de las siete colinas que circundan Roma, en cuya cumbre se cumplió

un hecho trascendental en la Historia Universal, el Juramento del Monte Sacro.

Unos instantes anteriores, Simón Bolívar, de aspecto solemne, puesto de pie y con la mirada fija en la gran ciudad, hizo una elocuente disertación de la historia de Roma, a la vez que reparó en su ninguna contribución a favor de la libertad, por eso que culmina este análisis con la siguiente reflexión: “Este pueblo ha dado para todo: severidad para los viejos tiempos; austeridad para la república; depravación para los emperadores; catacumbas para los mártires cristianos; valor para conquistar el mundo entero; ambición para convertir todos los estados de la tierra en arrabales tributarios; mujeres para poder pasar las ruedas sacrílegas de su carruaje sobre el tronco destrozado de sus padres; oradores para conmover, como Cicerón; poetas para seducir con su canto, como Virgilio; satíricos como Juvenal y Persio; filósofos débiles, como Séneca y ciudadanos eternos como Catón. Este pueblo ha dado para todo, menos para la causa de la humanidad. Mesalinas corrompidas, Agripinas sin entrañas, grandes historiadores, naturalistas insignes, guerreros ilustres, procónsules rapaces, sibaritas desenfrenados, aquilatadas virtudes y crímenes groseros; más para la emancipación del espíritu, para la extirpación de las preocupaciones, para el enaltecimiento del hombre y para la perfectibilidad definitiva de la razón, bien poco, por no decir nada. La civilización que ha soplado del Oriente ha mostrado aquí todas sus fases, ha hecho ver todos sus elementos; más en cuanto a resolver el gran problema de la libertad del hombre en Libertad, parece que el asunto ha sido desconocido y que el despeje de esta misteriosa incógnita, no ha de verificarse sino en el Nuevo Mundo”.

Y luego, abrazando a su maestro, arrodillados los dos, con voz emocionada, dijo: “JURO DELANTE DE USTED, JURO POR EL DIOS DE MIS PADRES, JURO POR ELLOS; JURO POR MI HONOR Y JURO POR LA PATRIA, QUE NO DARÉ DESCANSO A MI BRAZO NI REPOSO A MI ALMA, HASTA QUE HAYA ROTO LAS CADENAS CON QUE NOS OPRIME EL PODER ESPAÑOL”.

Pocas veces las promesas llegan a convertirse en realidad, pero el Juramento de Monte Sacro se cumplió a plenitud, ya que cinco naciones de América del Sur: Venezuela, Colombia (que incluye Panamá), Ecuador, Perú y Bolivia, fueron libertadas por Simón Bolívar, quien inclusive concibió la idea de construir con ella un gran estado similar a los Estados Unidos; por eso que aquí resulta oportuno concluir este trabajo, dando a conocer el siguiente poema de Miguel Ángel Asturias, que interpreta muy bien la figura enhiesta del Libertador:

# BOLÍVAR

## Tercer Poema

### Credo

Creo en la Libertad, Madre de América,  
creadora de mares dulces en la tierra  
y en Bolívar, su hijo, Señor Nuestro  
que nació en Venezuela, padeció  
bajo el poder español, fue combatido,  
sintiose muerto sobre el Chimborazo,  
y con el iris descendió a los infiernos,  
resucitó a la voz de Colombia,  
tocó al eterno con sus manos  
y está parado junto a Dios.

No nos juzgues, Bolívar, antes del día último,  
porque creemos en la comunión de los hombres  
que comulgan con el pueblo, sólo en pueblo  
hace libre a los hombres, proclamamos  
guerra a la muerte y sin perdón a los tiranos,  
creemos en la resurrección de los héroes  
y en la vida perdurable de los que como Tú,  
Libertador, no mueren, cierran los ojos y se quedan velando.

Miguel Ángel Asturias

(Fuente de consulta: Bolívar de Alfonso Rumazo González, Breve Biografía de Bolívar de Luis A. Bohórquez Casallas, Simón Bolívar. Antología, Escritos y Vida del Libertador del Dr. Sócrates Pozo, Bolívar: Su Vida, Obra y Pensamiento. Revistas # 1 y 2 de Fundación Cultural Venevisión).